

JOSÉ LUIS GÓMEZ-MARTÍNEZ, *Teoría del ensayo*. 2ª ed. UNAM, México, 1992; 221 pp.

Difícil sería hallar, en el mundo de habla hispana, otro género discursivo —literario o no— bajo cuyo nombre circule tanta agua desvirtuadora de sí, como el ensayo. Escasamente analizado en calidad de sistema, menos aún definido, y con una situación no poco ambigua respecto de la institución literaria, quizás no haya ningún otro género tan urgido de un estudio en profundidad como el ensayo. Por eso viene (o vuelve) muy a propósito este estudio enteramente dedicado a determinar los rasgos teóricos distintivos de ese género en la tradición hispánica.

Dividido en tres grandes secciones que anticipan su propósito, *Teoría del ensayo* contiene la caracterización ofrecida por Gómez-Martínez (1ª sección), las tentativas de definición más sobresalientes entre quienes han estudiado ese moderno género literario en lengua española (2ª sección), y un apéndice bibliográfico bastante exhaustivo en el que se registran numerosos títulos (hasta 1991 y en varios idiomas) de consulta obligada para el mejor seguimiento de su objetivo.

Como distinciones medulares del ensayo destaca Gómez-Martínez la libertad temática, la participación activa del lector, la capacidad sugeridora, la flexibilidad estructural, el virtuosismo estilístico y el carácter subjetivo en el manejo de fuentes y referencias. A cada una de ellas dedica uno o dos capítulos, no sin caer por momentos en ciertas reiteraciones (por ejemplo, la gravitación influyente de la personalidad emisora, la subjetividad, la importancia del plano de la enunciación: verdaderos *leit-motive* en todo el libro), inevitables, por otra parte, a juzgar por la estructuración del estudio.

Apoyado en ejemplos de algunos de los más notables representantes de la tradición ensayística hispánica e hispanoamericana, y en posesión de un apreciable caudal informativo teórico e histórico acerca del ensayo, el autor discurre, en un estilo sencillo y generalmente ameno, sobre cada uno de esos rasgos singularizadores de ese género híbrido, fronterizo, proteico, reacio a las definiciones y clasificaciones en virtud de su extrema dependencia de la personalidad creadora.

Esta misma dependencia, básica según él para reconocer un ensayo, deviene, en alguna medida, traba para el cumplimiento del macroobjetivo de *Teoría*... Si el ensayo es el ensayista (*l'essai c'est moi*, sería el lema flaubertiano adoptado por éste), y los ensayistas son innumerables, ¿cómo separar entonces esa invariante morfológica del ensayo que permita reconocerlo en sus diversas realizaciones a través del tiempo?

Éste es un nudo que no queda del todo solucionado, debido —por lo menos en parte— a la tendencia del autor a excluir de su estudio, como principio también metodológico o susceptible de renovar su metodología, la dimensión histórica concreta del ensayo. Los rasgos antes mencionados como distintivos de este peculiar género literario resulta-

rían quizás menos vagos o generales de considerárseles en sus comportamientos a través de su historia, y como partes de una totalidad que se rejerarquiza en su dinámica interior según las funciones privilegiadas en cada época, por cada ensayista. Así, de paso, el modelo (ideal) o protomodelo de ensayo que se deriva de la reunión de tales rasgos quedaría menos ceñido a las soluciones halladas por unos u otros de sus cultores más destacados y menos cerrados a las prácticas nuevas de una tradición en marcha.

La superposición del juicio valorativo al propósito caracterizador que articula las diversas secciones del libro tampoco favorece mucho el cabal cumplimiento de su objetivo. ¿Define el ensayo afirmar que “es el género que demanda mayor esfuerzo del lector” (p. 86)? ¿No funciona también así la poesía? Otras varias afirmaciones hay, que, matizadas, argumentarían mejor en pro de la estimable caracterización aquí propuesta.

La incompatibilidad del ensayo con las escuelas literarias; su requerimiento de cierta madurez en el autor, raramente alcanzable en la juventud (“El ensayista es el último en aparecer en la historia literaria de un país”, p. 45); la naturaleza distinta de ese género en la América hispánica, marcado desde su origen por el tema obsesionante de la identidad (cf. pp. 19 y 26), son ideas que ilustran la productividad o capacidad sugeridora que puede alcanzar *Teoría del ensayo* en sus mejores páginas.

La dualidad, ambigüedad genérica, o condición intermedia del ensayo, es otro aspecto al que Gómez-Martínez consagra varias páginas de interés. “El hecho de que, por una parte, el ensayista goce de libertad y elija por inspiración, y que, por otra, deba mantenerse dentro de los estrechos límites de la «verdad», lógica o científica, proporciona al ensayo un carácter peculiar que le permite cabalgar al mismo tiempo a lomos de la literatura y de la ciencia” (p. 95). Situación ésta, sin embargo, que ha propiciado no poco infortunio al género: “da carácter al ensayo y al mismo tiempo lo relega (cuando es tenido en cuenta) a un lugar secundario en el momento de ser estudiado en los centros docentes” (p. 75).

“Dualidad”, a no dudarlo, es una palabra que caracteriza bien cuanto tenga que ver con el ensayo, la actitud ensayística, el ensayista. Lo que Gómez-Martínez llama el “doble aspecto de artista de la expresión y de transmisor e incitador de ideas” (p. 53), queda claramente confirmado en lo que él llama “el lirismo innato del ensayista”.

Muy significativo, ciertamente, es este dato. En la América hispánica, por lo menos desde la época modernista, ha sucedido, con frecuencia digna de un rastreo minucioso, que poetas y ensayistas se superpongan en unas mismas figuras (Martí, Gabriela Mistral, Borges, Octavio Paz, Fina García Marruz, Guillermo Sucre, Cobo Borda, entre otros); o, visto de otro modo, que el poeta y el ensayista “inva-

dan", con extrema naturalidad, sus respectivos ámbitos creativos. Al respecto, no creo un hecho casual que el discurso ensayístico en la América de habla hispana cuente con algunos poetas entre sus renovadores o representantes destacados.

Un nuevo capítulo se agrega a esta segunda edición de *Teoría del ensayo*: "La codificación del texto y el autor implícito", con una distinción teórica entre "comunicación bancaria" (utilitaria) y "comunicación humanística" (literaria) pertinente para delinear la situación específica del ensayo. Sin embargo, observación tan sugestiva apenas se aprovecha en los capítulos restantes. Por otra parte, la conclusión de que "en el ensayo no existe regla, por esencial que nos parezca, que en alguna circunstancia, sea ésta excepcional si se quiere, no pueda ser suprimida" (p. 100), tiende a minar los presupuestos mismos de esta tentativa caracterizadora.

Pero si *Teoría del ensayo* —"único libro en español dedicado enteramente al estudio de la dimensión teórica del ensayo", actualizado y enriquecido en esta nueva edición— no resultara de especial valor —que sí lo tiene— por lo que respecta a la sección primera, sí lo sería, sin duda alguna, por lo que corresponde a las otras caracterizaciones del ensayo y a la bibliografía teórica y práctica recopiladas en las secciones segunda y tercera.

Son abundantes las propuestas definidoras que en la sección intermedia resaltan, por sintéticas, sugestivas y estimulantes aún en este fin de siglo —véanse, por ejemplo, las de Medardo Vitier, Mariano Picón-Salas o Eduardo Nicol. Como conjunto, y no obstante su variedad, todas ellas confirman algo que implícitamente adelantaba la sección primera: la dificultad real que ha representado a lo largo de su historia —y sigue representando— la definición teórica de ese género escurridizo.

Más allá de las observaciones esbozadas y de las réplicas que aún pueda suscitar, la tentativa teorizadora de Gómez-Martínez es, a no dudarlo, un paso meritorio en la empresa impostergable de definir (/vindicar) este no menos importante género literario.

OSMAR SÁNCHEZ AGUILERA
El Colegio de México

